



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11770

RECIBO DE SUSCRIPCIÓN

En la Península - Un mes, 2 ptas. - Tres meses, 6 id. - Extranjero - Tres meses, 11'25 id. La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes. La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 31 DE ENERO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. - Corresponsales en París, A. Lorette rue Cassarlin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA SUPRESION DEL MOLINETE

Desde que el Alcalde propuso al Municipio el desmonte del Molinete y acordó aquél la realización del estudio de tan magna obra, parece que el asunto ha sido abandonado.

Los que tal crean están muy lejos de la realidad.

No es el Sr. Sanz hombre que rectifique sus propósitos una vez madurados, si del estudio á que antes de enunciarlos los somete, saca la consecuencia de que son realizables. Y como el desmonte de la eminencia mencionada lo considera hacendero el Alcalde, le dedica toda su atención.

No ha caído en el olvido. Lo que pasa es que está en el período de preparación. Dentro de pocos días se publicará una Real orden concediendo permiso á nuestro Ayuntamiento para verificar los estudios y desde ese instante se dedicará á realizarlos el arquitecto municipal.

Pero hay más aun. En espera del proyecto y con el propósito de realizar las obras, hay un embrión de sociedad de la cual forma parte un capitalista que está dispuesto á interesar en el asunto cien mil duros. Con pocos que le ayuden á acometer la patriótica empresa, el desmonte del Molinete será cosa de fácil solución.

Ahi tiene el capital cartagenero campo en que manifestar su patriotismo; y lo manifestará sin duda, si procediendo como proceden los capitalistas de Barcelona, Valencia, Bilbao y demás poblaciones de importancia, pone el velo á ese negocio, que debe ser para los cartageneros como los de las poblaciones indicadas son para los catalanes, valencianos y bilbaínos.

Tiempo habrá para tratar con más detenimiento este asunto; seguramente no más del necesario para hacer el proyecto y tramitar con rapidez el expediente, pues notoria es la diligencia del Alcalde en asuntos de esta índole; pero menos del que ha de transcurrir se necesita para levantar el espíritu de los que interesándose en la realización de las mejoras de Cartagena, pueden obtener beneficios materiales y satisfacciones grandísimas.

En tanto que ese caso llega—y para el cual estaremos dispuestos incondicionalmente, como lo estuvimos para las mejoras que se están realizando,—conviene consignar que el silencio en que se envuelve el asunto que nos ha ocupado nada significa. La procesión marcha por dentro y va á paso de carga.

TIJERETAZOS

Dios una agencia: «Si vea niza que llamase al duque de Tetuán el Tanoreto de la política, como han supuesto algunos periódicos.»

No en esa declaración le arrima el hombre el duque al jefe de la Unión Conservadora. Y sino el tiempo.

De otra agencia: «Tegramas de París comunican que La Patria pub los declaraciones recientes del general Azcarra, en las que se manifiesta contrario á las alianzas.»

Ni contigo ni sin ti tienen mis penas remedio; contigo porque me matas y sin ti porque me pierdo.

Con alianzas ó sin ellas me nos de pagar los vieiros rotos cuando alguien los rompa.

Y en ese caso tiene razón el general. Si vemos de pagarnos fatalmente, ahorrémonos las demás obligaciones.

Leemos: «El general Kobbe ha comunicado al

gobierno americano desde Mindanao, que en aquella isla se está llevando adelante una vigorosa campaña.»

Ce to Lostagalos e dan un y tate á los yanquis que los vuelven locos.

Por lo demás, la pacificación de Filipinas es cosa de coser y cantar, á el oficio de difuntos.

Otra que tal: «Dicen de Veybourg, que un destacamento de policía ha sido capturado por los boers, sin resistencia alguna.»

Es natural. Si al que cojan los boers prisionero lo sueltan enseguida, lo mejor para salvar la piel es no combatir.

No en balde tiene fama de lista la policía inglesa.

Curiosidades

Cómo se vestían las señoras en el siglo XV.



Dama del siglo XV, en traje de casa

Hay que convenir en que las bellas caste suas, cuyas galas y hermosuras cantaban los trovadores, iban más recargadas de adornos y perifoneos que nuestras damas modernas, mas de ciertos aditamentos que éstas tienen el buen gusto de no usar, aunque todo se andará, ya que vemos que han dado en llevar por la calle el «ridículo», ó bolsa supletoria de los bolsillos, á la que es de esperar sigan otros objetos impertinentes.

Como se ve en nuestros dibujos, el calzado de aquella época era grosero, aunque mucho más cómodo que el ac-

tual. Alguna ventaja ha bien de llevarnos. Los zapatos eran de cuero negro, muy holgados, y se usaban para la calle. En casa llevaban zapatillas de la misma forma, de paño, con gruesa suela. Por ciertos datos sabemos que las señoras del siglo XV usaban medias del género más que las actuales.



La misma dama en traje de calle

Las camisas de las damas principales eran, como las de hoy, de finísimo hilo, cortadas con mucho arte, ni muy anchas ni muy estrechas, de color blanco, exclusivamente, y larguísimas.

El jubón era un ropaje amplio, elegante y rico, aunque de gran sencillez. Los cordones eran de cuero, en zig zag.

Las limosneras elegantes se bordaban con oro y se adornaban con perlas.

La gorguerita ó collarín, venía á ser lo que ahora las cintas y lazos que llevan las señoras en el cuello.

La peineta en el siglo XV servía, no solamente para adornar la cabeza, sino también como instrumento de aseo. Era á la vez peineta y peina. Más tarde, cuando las damas comenzaron á asistir á las grandes ceremonias con la cabeza descubierta, se varió su forma y sólo quedó su uso relegado á sostener los bucles del peinado. Las redonillas que envolvían los cabellos eran sencillísimas.



El espejito—La toca—Los guantes—La limosnera—El cinturón Los cinturones para uso femenino

eran de cuero de distintos colores, con adornos de metal. Los cordones de vestidos más elegantes se fabricaban en seda. La época en Italia, en Lucca y Venecia. Los más famosos guantes en España, Alemania y Bohemia, perfumados á violeta.

Los capirotes ó caparuzas alcanzaron diversas formas, ridículas á veces. Eran de fieltro, de paño y de paja. Más de un predicador clamó contra tal género de cubrecabezas, consiguiendo poco á poco dar al traste con la tan rara moda.

Casi todas las señoras llevaban siempre consigo un espejillo constituido por un disco de metal muy perfectamente pulimentado, encastrado en un cuadro de oro.

LA REINA VICTORIA

ANÉCDOTA CURIOSA

Un día en el palacio de Windsor, después de dar un paseo por el magnífico parque del castillo, la reina Victoria encontró á sir Thomas Biddulph, uno de los funcionarios de la corte, que llevaba de la mano á una niña, que encantadora. La soberana se detuvo para que sir Thomas le presentase la niña, que la dejó maravillada por sus encantadores modales y su linda figura.

—Llévala después al lunch, sir Thomas—dijo la reina á Biddulph.

Durante la comida, la criatura fue colocada en una silla alta enfrente de la reina. La niña hizo las delicias de aquel convite por su gracia, su precocidad, su modestia, y, sobre todo por ser sumamente partidaria de la etiqueta.

A la reina Victoria le gustaban mucho las aves, y cuando estaba en familia comía sin ceremonia, sirviéndose muchas veces de los dedos.

La criatura se hallaba entretenida comiendo con gran delicadeza una pata de perdiz; levantó de repente la cabeza, y viendo á la reina comer la otra pata sólo con las manos, exclamó en un acento de cómica indignación, señalando á S. M.:

—¡Oh, qué puera, qué puera! Todos se echaron á reír, incluso la misma reina, que, dirigiéndose á la pequeña, le dijo:

—Tienes razón, hija mía. No se debe

á la vez que trataba de ladrones á los caminantes á quienes albergaba.

—Eres un verdadero Filofei—exclamó al cabo Yermolai, quien salió dando un portazo.

Filofei no respondió nada, como si conviniese en su interior en que no era nada decente eso de llamarse Filofei, por más que el verdadero culpable de esto fué el pepe, á quien no se le había pagado con bastante largueza el día del bautizo.

Al fin convinimos en veinte rublos. Fué en busca de los caballos, y bien pronto trajo cinco para elegir. Eran unas bestias bastante buenas, por más que las orines y oclas estuvieran endemoniadamente enmarañadas y tuvieran la barriga más grande que un bombo. Filofei regresó acompañado por dos de sus hermanos, que, en efecto, no se le asemejaban en nada. De breve estatura, cuadrados de hombros, con la nariz puntiaguda y los ojos negros, tenían de veras (según dijo Yermolai) fea de sorberse los vientos de puro listos. Charlaban mucho, pero no dejaban de obedecer al mayor. Hubieran querido engañar en varas el caballo gris, diciendo que éste bajaba muy bien la montaña. Pero Filofei opinó por el de la cabeza, y el de la cabeza peluda fué el que pusieron en las varas.

Atiborraron de heno el tarantas y metieron allí

—Pero barín—interrumpió Yermolai—¿es que vá á ir á Tula V. mismo?

—¡Sí, yo mismo!

—¡Vamos, bien!—dijo mi fiel servidor, meneando la cabeza.

Y salió dando un portazo de despecho. Ya no le interesa ni pizca el viaje á Tula.

—¿Conoces bien el camino?—pregunté á Filofei.

—¿Cómo no conocer el camino? Hágase la voluntad de V... Sin embargo, sin más ni más, no puedo... así...

Yermolai se había limitado á decirle: «Estáte tranquilo; se te pagará, imbécil.» Por imbécil que fuese Filofei, no podía contentarse con tal promesa. Me pidió cincuenta rublos, le ofrecí diez, y nos pusimos á regatear. Yermolai, que acababa de entrar otra vez, quiso convenirme de que era imbécil... («le gusta la palabra» dijo Filofei en voz baja) no sabía contar el dinero. Con ese motivo me recordé que una posada, construida por mi madre hace veinte años en un sitio de mucho tránsito en el cruce de dos carreteras, acabó por arruinarse, porque un antiguo orlado, á quien se le había hecho poseadero, ignoraba realmente el valor de las monedas y las apreciaba por el número de ellas, dando (por ejemplo un rublo de plata por seis copetes de cobre,

—No; pero habrá que hacerlo, pues el clavo le ha entrado en la carne.

Hice llamar al cocheru, quien afirmó que Yermolai había dicho la verdad. Hice desherrar el caballo y que le metiesen la pata en greda húmeda.

—Vamos, ¿hay que alquilar caballos para ir á Tula?—pregunté de nuevo Yermolai.

—Pero, ¿será posible encontrar caballos en semejante agujero?—exclamé con despecho.

La aldea donde habíamos parado era de las más miserables. Sus moradores parecían muertos de hambre. Gran trabajo nos costó hallar una teta, no ya blanca, es decir con «chimentos» para dar salida al humo, sino por lo menos lo suficientemente para caber en ella nosotros.

—Es posible—contestó Yermolai con su acostumbrada flemá.—¡Jusha V. bien ese villorrio; y, sin embargo, aquí vivió un campesino muy rico y muy listo, el cual tenía nueve caballos. Ya ha muerto, y ahora todo lo dirige el hijo mayor. Este hijo es tonto de capirote, pero aún no ha tenido tiempo de dar al traste con todos los bienes que dejó su padre. En su casa encontraremos caballos. ¿Quiere V. que se los traiga? Tiene unos hermanos que se sorben los vientos de listos; y, no obstante, él es quien está á la cabeza de ellos.